

Antioquia sale al tablero

Qué es ser antioqueño

PEDRO ADRIÁN ZULUAGA

Penguin Random House, Bogotá, 2020, 213 pp.

LAS PORTADILLAS del libro, en tonos claros, muestran la fachada de una casa de ciertos pueblos antioqueños, adornada con materas de plantas floridas que escoltan puerta y ventanas. La prosa que vamos a leer, como la portada y como la tarea de un niño aplicado: pulcra, llana, desenvuelta, sencilla, centrada en el tema de la casa y sus habitantes antioqueños. La casa y el niño abren y cierran la aventura escritural y vital que emprende Pedro Adrián Zuluaga al tratar de responder a su pregunta, ¿qué es ser antioqueño?, desde la sensibilidad del niño y con la madurez reflexiva y emocional del adulto.

Un recuerdo abre el libro y le hace decir al narrador: “A lo que pasó la tarde de ese domingo, el adulto de años después le habría de atribuir la dimensión mágica del primer recuerdo”. El primer recuerdo tiene una dimensión mágica por ser original, como la escena bíblica del paraíso: una culebra que se atraviesa en el camino de los paseantes, entre los cuales está el niño, que será el autor, en una vereda de El Santuario. Alguien desenfunda el machete y parte en dos la culebra. En este sacrificio, en esta violencia, sugiere Zuluaga, tal vez el niño de cuatro años, en su profunda entraña, intuyó, y temió, una gratuidad, ¿a cuenta de qué hacer esto?, con la pregunta naciente, no formulada en su alma de niño, que solo el adulto hará explícita: matar la culebra, ¿era un acto de violencia gratuita o era un gesto de protección y defensa? “¿En mi primera memoria hay violencia o hay cuidado? ¿En esa muerte del animal al niño que yo era se le reveló un destino de muerte o uno de protección?” (p. 15). Y luego: “¿Me siento acogido o rechazado por los límites geográficos —el paisaje, físico y moral— y culturales que evoca la palabra Antioquia? ¿No podrían ser las dos cosas a la vez?” (p. 16).

¿Cómo elude el autor el riesgo de que la pregunta del libro, qué es ser antioqueño, “quede atrapada o se vuelva

instrumental para nuevos nacionalismos/populismos”? Elige “enfaticar los elementos ficcionales o espurios: el ensayo se retrotrae a lo lírico y a su ‘limitado’ rango” (p. 20). Lejos de erigirse en juez o legislador con la balanza de la justicia en la mano, Zuluaga se afirma antioqueño, así que comparte algunos de sus rasgos: “[...] la soledad que los hombres antioqueños guardamos encima como una segunda naturaleza” (p. 189), el afecto por la casa, real y simbólica, picardía para jugar a las cartas con el diablo, emulando la proverbial de que goza Dimitas en el cuento de Carrasquilla “En la diestra de Dios padre”, rigor, así como cierta vehemencia en algunos impulsos y la inclinación a fabular, que van de la mano: “[...] hablar desde la casa, es decir, desde lo íntimo de la experiencia, con la ilusión de que esta experiencia, al decirse y exteriorizarse, rebose de implicaciones públicas y políticas” (p. 20).

Una pregunta que no puede dejar de hacerse: “¿En qué momento la vivacidad y picaresca [...] derivó en la pendiente del crimen y se echó a rodar por el desbarrancadero de la muerte?” (p. 148). En 1990, Medellín tenía una tasa de homicidios de guerra abierta. Cortos se quedaron los materiales, artísticos y literarios, en cuanto a comprender el fenómeno, sondear la intensidad o el grado de pulsión de muerte alcanzados en la ciudad entonces. La “insurrección de sectores plebeyos” (palabras de Alonso Salazar citadas por Zuluaga, p. 164) hizo famosa la ciudad por su tasa de homicidios. Entre todas las variables que se conjugan en este acontecimiento, el narcotráfico hizo visible, bajo una luz potente, un agudo trastorno presente en la vida de “los de abajo”, junto con el hecho escueto, palpable y aparente en el antioqueño, “una especie de heroísmo en su ansia de ganar”, expuesta por Emiro Kastos en 1855 en *Costumbres parroquiales de Antioquia. Mi compadre Facundo*. Nuestro autor lo cita, para evocar este rasgo del antioqueño, que no tiene pasiones a medias:

Los que toman buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, a despecho de todos los obstáculos, van mui lejos. Pero también, cuando alguno se echa a rodar por la mala pendiente

de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo. (p. 78)

Kastos augura un futuro contingente en el antioqueño: que le den educación, buen trato, empleo, y entonces “la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presión para empujar estos pueblos hacia grandes y poderosos destinos” (p. 78). Las autoridades regionales desatendieron el pregón a lo largo de 120 años y los tipos monstruosos llegaron. Emiro Kastos: “[...] con tal de llegar a estos resultados [mejorar su condición], son indiferentes al antioqueño toda especie de climas, lugares i profesiones, habiendo, como dice Tocqueville de los americanos del Norte, una especie de heroísmo en su ansia de ganar” (*Costumbres parroquiales de Antioquia*, p. 3).

Ahora que si no se entendían las cosas, ahí estaba, en escena real y en escena cinematográfica, la irrupción de los “chicos malos” en el barrio Castilla y en la intempestiva película *Rodrigo D. No futuro* de Víctor Gaviña, que evidenció, según Zuluaga, una “mutación antropológica”, verdadero salto en el vacío en el que cayeron parados estos muchachos de las comunas noroccidentales de la Medellín de 1980-1990 que no nacieron “pa’ semilla”. Se constata, con impotencia, un “vacío de referentes de comprensión y de liderazgos sociales e intelectuales [...]” (p. 152), y ahí, en ese vacío, habría crecido la figura política de Álvaro Uribe Vélez, “restaurador del orden”. Sin embargo, creemos que el éxito de Uribe se debió a que supo surfear en la gran ola del desprestigio de las FARC con sus secuestros y masacres. Su caso no queda explicado por el psicoanálisis que trae a colación Carolina Sanín y al que parece adherirse Zuluaga que la cita (p. 158), un asunto de padre, madre y un Edipo desplazado en el hijo. Se trata más bien de alguien con una ambición política desmedida que viene de afuera, como cosa rara en Colombia, de Antioquia, a gobernar a los del centro, y a los de afuera, con la ley del garrote, a saber, con la promesa, ya no de negociar como pretendió Pastrana y fracasó, sino de acabar con las FARC.

Desde Porfirio Barba Jacob, el gran exiliado en México, junto con Epifanio

Mejía, exiliado en Yarumal, el libro *Qué es ser antioqueño* rastrea las huellas, en artistas, poetas y pensadores antioqueños, de este “vivir a la enemiga” (p. 83) que proclama Fernando González en editorial del segundo número de su revista *Antioquia* (1936), expresión de una poderosa aversión al medio social, político y literario, horror por lo establecido, instituciones, costumbres, moral. Ante esos ímpetus normativos que buscan homogeneizar con la ética del ahorro y el trabajo, muchos artistas apelaron a “los sueños, la fantasía, la desmesura erótica o la gratuidad”. A mayor “reducción de toda experiencia a transacción mercantil o interesada”, más brotan algunos sujetos que “se han rebelado y escogido caminos menos comunes o conocidos: la exploración a fondo del deseo y los placeres, o una terca voluntad de despilfarro” (p. 99).

Si las primeras líneas del libro evocan una escena infantil, el libro hará su ronda amplia y se cerrará con una especie de “cruzada de los niños”: descripción de fotografías de niños muertos y tierna evocación de los niños actores en los primeros documentales de Víctor Gaviria, *Buscando tréboles*, *El vagón rojo*, *Simón el Mago*, donde el director explora, en palabras suyas que cita Zuluaga, “el camino de los afectos” y exalta la “inteligencia del corazón”. En esta cruzada de los niños no faltan los “dichosos niños con gafas” en un poema de Víctor Gaviria, el “precioso niño” en “Parábola del retorno” de Porfirio Barba Jacob, los niños que acompañan al narrador de *La Virgen de los sicarios*, el niño “que todavía no ha nacido” de Darío Lemos, el *ecce homo* del nadaísmo, y el de Fernando González en una carta a Estanislao: “¡Un niño, que nunca ha nacido un niño así!” (pp. 193-195). El que todavía no ha nacido no representa pues “la nostalgia de un pasado perdido y su deseo de restauración, sino una pulsión de futuro” (p. 193). Pero no de cualquier futuro, sino uno en que reinventemos “los afectos para borrar de ellos la sombra de la autoridad o la sucesión, e invocar, en cambio, la solidaridad y la presencia” (p. 194).

¿Por qué el niño, al principio y al final, a través de tantos adultos evocados en el libro, tantos *freaks*, desviados, que hacen la repulsa, desde el

crimen o desde la creación, al influjo normativo regional y nacional? El autor lanza la flecha, no al pasado, de donde viene, sino al futuro, arrastrado en un devenir niño, que nos arrastra a todos, un devenir niño que no quiere recuperar la inocencia, sino perder el resto de mala conciencia para dejar atrás ese “algo vedado” que usurpa la ternura, y para transmutar la Antioquia según Uribe Vélez, “una escuela de trabajo donde el afecto se siente más y se expresa menos” (p. 47), en un impulso por expresar, con inteligencia, gracia y tierna medida, lo desgraciado y lo desmesurado, entre el amor y el odio que le suscita al autor el “paisaje” de Antioquia y sus pobladores.

La vasta bibliografía, las referencias y las fuentes son una señal de la pasión del autor al asumir este trabajo como periodista-cronista. Las citas, de tantos y distintos ámbitos, llegan con oportunidad a refrescar o a informar al lector.

Un libro cuya puerta bien vale la pena abrir para adentrarse en él y hacer un viaje en redondo en el que no regresamos al lugar del que partimos.

Rodrigo Pérez G.